

OBSESIONADOS POR LAS URNAS: CÓMO LA CAMPAÑA PERMANENTE 'VAMPIRIZA' LA DEMOCRACIA

'Menuda papeleta'. La sobredosis electoral amenaza con convencernos de que una democracia consiste en votar... y poco más. Cada vez más expertos dicen lo contrario: un sistema de libertades exige más esfuerzo. "La verdadera democracia no está en las elecciones, sino entre las elecciones"

Por **Rodrigo Terrasa**. Ilustraciones de **Cinta Fosch**

François Bégaudeau odia votar. «Tengo que reconocer que no me gusta», cuenta el escritor francés. «Igual que no me gusta entrar en una zapatería, abrir los correos de asuntos burocráticos, afeitarme, pasar el aspirador por el parque, las playas de guijarros, el whisky con cola, los perros pegajosos o *La chaqueta metálica*».

Suerte tiene el bueno de Bégaudeau de no ser español porque sólo en la última década nuestro país ha celebrado 26 elecciones. Algo más complicado de atravesar que una playa llena de pedruscos. Entre las generales, las europeas, las municipales, las autonómicas, las catalanas, las vascas, otra vez las catalanas, las elecciones en Andalucía o el adelanto electoral en Madrid, los españoles hemos sido convocados a las urnas en uno u otro rincón del país aproximadamente una vez cada cuatro meses en estos 10 años. Mucho más difícil de digerir que el whisky con cola. Sólo en el último año (y sin contar el televoto de Eurovisión) hemos depositado la papeleta una vez cada dos meses. Y nosotros... tan felices.

"Hay gente que no lee prensa, no indaga sobre ningún conflicto social o armado, no saben cómo se llama el líder alemán... y vota siempre"

Tras las últimas elecciones en el País Vasco, la amenaza de nuevas generales tras los convulsos días de reflexión de Pedro Sánchez y las recientes votaciones en Cataluña, sobrevoladas otra vez por un posible bloqueo que nos abocaría a una nueva convocatoria más, asoman ahora las elecciones europeas. ¿Y adivinan quiénes están deseando volver a las urnas? Pues sí, los españoles.

Según el último Eurobarómetro, los jóvenes de nuestro país están entre los más decididos a participar en los comicios el mes que viene. El 68% de los votantes de hasta 30 años asegura que participará en las europeas, un porcentaje cuatro puntos por encima de la media comunitaria.

Ya ven, los españoles votamos mucho y además nos encanta votar, qué narices. Si las elecciones son la fiesta de la democracia, nosotros estamos instalados en la juerga permanente.

«Ir a votar ofrece una relación proporcional de tiempo-gratificación incomparable. Se puede cumplir un deber sagrado en menos de una hora», ironiza Bégaudeau. «Hemos aceptado que las elecciones son el corazón de la vida democrática. Y la población se entusiasma con las noches electorales como si fueran la gala de Miss Francia o Miss España. Viven las campañas como si fueran un Mundial de fútbol. Todo es bastante infantil, sin embargo la gente cree que está haciendo algo muy serio».

François Bégaudeau (Luzón, 53 años) es escritor, guionista, director de cine y abstencionista más o menos convencido. «Abstencionista blando», se confiesa él. Dice que no vota igual que no tiene carné de conducir. Que le gusta demasiado la política como para tomarse en serio las elecciones. Y que prefiere abstenerse con la misma lógica que prefiere el café con azúcar o irse de barbacoa antes que perder una mañana de domingo haciendo cola con el DNI entre los dientes en un colegio electoral. «Por desgracia, me cruzo a menudo con gente a quienes el voto les parece más importante que una barbacoa. Y fustigan a quien no suscriba sus tesis», cuenta el autor francés en *Menuda papeleta* (Errata Naturae), un provocador alegato en contra de la canonización del voto como acto político por excelencia que llega justo ahora a España, el epicentro de la sobredosis electoral.

Bégaudeau pasa de votar, pero reivindica en su ensayo la «democracia real». Es decir, la política que no cabe en un sobre de papel, la que invita al ciudadano a actuar, a informarse, a debatir, a movilizarse, a asociarse, a manifestarse, y no sólo a marcar una cruz en su casilla favorita como si la democracia fuera un 100 montaditos. «Mucha gente indiferente a la política se toma el acto de votar como una cuestión de honor», explica. «Son gente que no lee la prensa generalista; que no está abonada a ningún medio online; que no indaga sobre ningún conflicto social o armado que esté teniendo lugar; que prefiere tragarse una temporada de *The Crown* a un documental sobre las criptomonedas; que, si les preguntas, desconocen si se ha votado o no tal ley durante la presente legislatura; que no sabrían decir cómo se llama el nuevo canciller alemán; que no pertenecen a ningún sindicato ni a ninguna asociación activista. Sin embargo, votan siempre».

Según la encuesta de *Tendencias de asociacionismo en España* realizada por el CIS, el 80% de los jóvenes jamás ha pertenecido a una asociación. Y solo el 22,3% de españoles participan en colectivos culturales, sociales o políticos en la actualidad.

El compromiso real con la política ha quedado sepultado por la particular *tiranía* del voto. Los ciudadanos estamos constantemente convocados a unas elecciones o amenazados con una inminente repetición electoral. Los parlamentos avanzan haciendo equilibrios entre el bloqueo y la aritmética que permita esquivar una votación más. La oposición reclama elecciones anticipadas. A todas horas. Mientras, los gobiernos esgrimen el aval de las urnas. Sin descanso. Sus señorías abandonaron hace tiempo el traje de gestores de lo público para ser siempre los perfectos candidatos. Los mensajes se distribuyen siempre en clave electoral. Las redes sociales se han convertido en un mitin inagotable. Las teles llenan horas con recuentos, cábalas y *pactómetros*. Y los asesores tienen hoy más protagonismo que cualquier ministro.

¿Sabría usted ponerle cara a la nueva ministra de Inclusión y Seguridad Social? ¿O al ministro de Política Territorial? ¿Conoce acaso sus nombres? En cambio, ¿ha oído hablar últimamente de Iván Redondo o de Miguel Ángel Rodríguez? Pues eso. Todo gira hoy en torno al disputado voto del eterno votante. Y mientras tanto... ¿qué fue de la política real?





16 IDEAS



«No es lo mismo la actividad electoral que la actividad política», subraya Bégaudeau a través del correo electrónico. «Y es importante distinguir entre ambas porque a menudo se las mete en el mismo saco. La clase dirigente tiene un gran interés en esta fusión. Su mayor deseo es que la actividad política de los ciudadanos se reduzca a votar. Y, desgraciadamente, esta maniobra ideológica ha tenido éxito: muchos ciudadanos piensan que la política consiste en las elecciones. Yo a veces pienso, al contrario, que las elecciones están diseñadas para acabar con la política», explica. «La democracia no está en las elecciones, sino entre las elecciones».

El problema es que en España hace tiempo que entre las elecciones hay poco más que campañas, precampañas y postcampañas electorales.

«Las elecciones se han convertido en algo adictivo para los políticos y no parece nada claro que vayamos a salir del bucle», apunta el sociólogo español Luis Miller, autor de *Polarizados*, el ensayo de referencia sobre la división política en nuestro país, un cisma alimentado, por supuesto, por el constante clima prebélico (perdón, preelectoral) de los últimos tiempos. «Se supone que después de las europeas tendremos por delante un año y medio sin elecciones, pero nadie cree que eso pueda pasar. Ya no sabemos vivir sin votar porque los partidos políticos, o lo que queda de ellos, están sólo centrados en la competición. Es su única razón de ser».

Miller apunta al menos dos fenómenos que han situado el voto en el centro de toda nuestra actividad política. El primero, la emotividad y la fugacidad que todo lo impregna en estos tiempos. «Nada nos dura demasiado hoy: los trabajos duran menos, las relaciones duran menos, y la idea de estar varios años con el mismo panorama, incluso el político, nos resulta aburrida», explica. La política lleva décadas instalada en una centrifugadora que acelera todos los plazos, genera relatos como si la gestión de lo público fuera el último capítulo de una serie de Netflix y devora candidatos como si fueran palomitas de maíz.

El segundo factor que señala Miller es específicamente español y pone el foco sobre el propio diseño de nuestro sistema. «España está en un bucle electoral porque hace 50 años diseñamos nuestras instituciones para el consenso y ese consenso ya no existe», lamenta. «Estamos instalados en una sociedad continuamente empatada, que nunca resuelve sus problemas políticos a través de los acuerdos, sino compitiendo. Los políticos nunca acaban de perder ni de lamerse las heridas porque muy pronto viene otra oportunidad para competir. Ya no existen los periodos de reflexión».

La solución, sostiene el sociólogo, será, antes o después, introducir mecanismos de corrección en nuestro sistema para escapar del laberinto electoral. «Hace 40 años no podíamos prever que hasta las elecciones autonómicas se utilizarían de forma estratégica para que los líderes nacionales compitieran todo el rato», censura Miller, que plantea la posibilidad de establecer fechas fijas para las elecciones como en EEUU o premios a las mayorías como ocurre en otras democracias europeas. «En algún momento perderemos el miedo a cambiar un sistema que ya no sirve».

«En España corre en paralelo la proliferación de las elecciones con el mal funcionamiento de la democracia», comparte Eloy García, catedrático de Derecho Constitucional. «En nuestro país hay un grave problema de origen, desde la Transición, y es que redujimos la democracia a las formas. Pero la democracia no son sólo procedimientos formales. La democracia es una cultura política, que aquí no existe porque el ciudadano ha perdido la capacidad de opinar, de tener criterio. Ése es el gran problema».

Dice Bégaudeau en *Menuda papeleta* que el votante es hoy un músico que se ha visto reducido a escuchar la música de los demás, pero no puede tocarla. Un escritor autorizado a leer, pero a quien se le impide escribir. «Después de las elecciones, el ciudadano intermitente se devuelve al garaje, como las sillas de terraza de un verano a otro».

El ciudadano, explica el autor francés, es una especie de Drácula con el reloj cambiado. «Un día al año se despierta por la mañana y se aniquila a sí mismo a la caída de la noche», escribe en su ensayo. «Pasadas las ocho de la tarde, se retira a sus aposentos tras haber hecho su parte».



Miller cree que ese ciudadano vampirizado por las elecciones hace tiempo que es más bien un zombi. «Lo que ha conseguido la polarización es resucitar a gente que ya estaba medio muerta políticamente», asegura. «En un contexto en el que gran parte de la población no votaría por cansancio o aburrimiento, el clima de división y la agitación de los odios y las identidades consigue activar a un número suficiente de gente que aún no está muerta del todo y resucita en el momento oportuno para ir a votar cada vez que se le pide».

«Más allá de la distracción que producen, las elecciones ofrecen un espectáculo penoso», lamenta

Bégaudeau. «En primer lugar, por el carácter personal de lo que está en juego: se trata de una competición entre individuos. Y luego, por la vacuidad de los debates, que se centran generalmente en temas totalmente secundarios, en los que las verdaderas cuestiones sólo se abordan superficialmente. La esfera electoral es una burbuja discursiva donde la realidad está ausente».

Este mundo paralelo en el que se mueven los candidatos es una de las principales causas de la desafección política que no ha dejado de crecer en los últimos años. La última encuesta del CIS revelaba que



los menores de 35 años son, con diferencia, los españoles que menos creen que la democracia sea mejor que cualquier otra forma de gobierno. «Tenemos muy cerca modelos de países que crecen económicamente y no son democracias y que aparecen entre la gente joven como modelos posibles, reforzados además por la publicidad de los futbolistas», alerta el sociólogo Xavier Coller, autor de *La teatralización de la política en España*. «Vamos hacia democracias de baja intensidad y mala calidad, y erosionar su legitimidad es muy peligroso». De hecho, un 12% de nuestros jóvenes defiende ya

que en algunas circunstancias un gobierno autoritario sería preferible a uno democrático. «La democracia es votar, pero no sólo puede ser votar», esgrime Víctor J. Vázquez, profesor de Derecho Constitucional. «De hecho, la democracia constitucional implica sustraer ciertas decisiones del debate electoral y el debate parlamentario. El problema es que todas esas decisiones se han debilitado en los últimos tiempos. Hoy la opinión pública digital es menos deliberativa, tiene menos filtro y tiende más a la polarización. La sociedad se ha politizado más que nunca, pero eso no significa que se politice en sentido democrático, porque las instituciones están cada vez más cuestionadas». Hace ahora un año el Eurobarómetro desvelaba que

“Las elecciones se han convertido en algo adictivo para los partidos. Es su razón de ser y no parece que vayamos a salir del bucle”

“Los políticos nunca acaban de perder ni de lamerse las heridas porque muy pronto viene otra nueva oportunidad para competir”

el 90% de los españoles recelaba de los partidos políticos y el 78% desconfiaba también del Congreso. Hoy, la misma encuesta dice que a la juventud española le moviliza la defensa de los derechos humanos, la lucha contra el cambio climático o la igualdad, pero apenas vinculan estas causas con el ejercicio de su voto o la actividad de nuestros dirigentes políticos. «Es el pez que se muerde la cola», avisa Eloy García. «Si vacías de sustancia al ciudadano, las consecuencias vienen por todos lados. Los partidos ya no existen, son instituciones vacías que funcionan como correas de transmisión de un líder y ya no transmiten la opinión de la sociedad al Estado, sino que son un instrumento de control de la vida política». «Una cosa es la política electoral, abstracta y llena de palabras sin sustancia, y otra la política de situaciones, en la que la gente toma la iniciativa y actúa sobre su realidad», reivindica Bégaudeau. En *La teatralización de la política en España*, Xavier Coller ya alertaba de cómo la escenificación del conflicto político en España estaba eclipsando por completo la esfera real de cooperación parlamentaria entre adversarios. La política de verdad. «Y gran parte de culpa es de los medios», reprocha. «Hoy vende más que a una política le guste la fruta que explicar por qué es importante tener una ley de vivienda». «En todo el mundo se producen actos políticos de verdad, pero hablamos mucho menos de ellos que de la última declaración polémica del político de turno», coincide Bégaudeau. «La mejor educación política consiste en estar al corriente de las numerosas iniciativas de la gente corriente, e idealmente, también significa unirse a esas luchas. Pero eso lleva mucho más tiempo y es más cansado que depositar una papeleta en una urna». —Pero siempre será mejor votar que no poder hacerlo, ¿no? —El voto en las elecciones está muy sobrevalorado. Se concentra mucha energía en esos plazos, cuando en general de ellos no se deriva ningún cambio sustancial. Pero admito que exagero para contrarrestar el discurso dominante, el prejuicio generalizado sobre la importancia de las elecciones. A veces una victoria electoral tiene consecuencias para la vida de la gente, pero eso pasa muy pocas veces. —¿No es útil entonces el voto? —El *voto útil* consiste en votar a los candidatos que realmente pueden ganar. Forma parte de la farsa del juego electoral: se vota, pero al ganador. Es una forma extraña de entender el pluralismo. Dicho esto, votar puede ser realmente útil, pero a menudo es útil para

preservar el orden. Se puede votar a la derecha, a la izquierda o al centro, pero siempre se vota a favor de las elecciones. Mucha gente vota sabiendo perfectamente que su voto será inútil. Lo hacen «por deber», o para aliviar la rabia durante dos minutos. Y al día siguiente, la vida vuelve a ser como antes, con la gente apretujándose en el metro y plegándose en silencio a las leyes del mercado. Bégaudeau, aclaramos por si queda alguna duda a estas alturas, se sitúa políticamente a la izquierda de la izquierda más de izquierdas, pero su ensayo está lejos de ser un panfleto antisistema (o al menos no sólo eso). Tampoco es una apología del asamblearismo, ni siquiera un llamamiento a la abstención masiva. «Yo no voto, pero podría hacerlo, lo mismo que podría vivir en otra ciudad que no fuera París», bromea. «No defendiendo la abstención, sólo intento analizar el sistema electoral y mostrar su esencia conservadora. Si votar es, como digo, una validación del orden existente, entonces votar es siempre... de derechas». Sólo unas horas antes de ser galardonado con el Premio Princesa de Asturias de las Ciencias Sociales, el historiador y ex político canadiense Michael Ignatieff ofreció una conferencia en Madrid sobre la «democracia en las urnas» que conecta desde otro rincón ideológico con las tesis de Bégaudeau. «La democracia siempre ha sido un debate sobre lo que es la propia democracia», decía después Ignatieff en una entrevista en EL MUNDO. «Además, necesita reformas. El sistema no va a cambiar desde dentro, hay que empujarlo desde fuera». «Poner el énfasis en la democracia más allá de las elecciones es un enfoque correcto, pero no puede ser el único», insiste Coller, muy crítico con los discursos cenizos sobre la utilidad del voto o la apología del abstencionismo. «Votar sigue siendo hipermegaútil y no votar es no creer en la democracia». François Bégaudeau jamás fue a votar entre los 18 y los 30 años. A principios de los 2000 admite que flaqueó. Ya avisamos de que era un abstencionista blando. «Pensé que podría sacar algo de provecho de las elecciones. Lo intenté. Pero no me gustó nada», admite. «Tenía la impresión de estar pisoteando la elevada idea que tenía de la política, así que rápidamente volví a la abstención». —¿Qué tendría que pasar para que volviera a votar? —No creo que eso pueda pasar. —Y si todos los franceses le votasen a usted y fuera el próximo presidente de la República, ¿cuál sería su primera medida? —Abolir las elecciones y sustituirlas por un control permanente del pueblo sobre las acciones de los elegidos para llevar a cabo las decisiones de las masas. Para ello, se instituirá el mandato imperativo: fuisteis elegidos para aumentar la renta de los pequeños agricultores a costa de la industria agroalimentaria, lo hacéis, y si no lo hacéis, estáis despedidos. Es radical, pero la situación radicalmente desigual en la que nos encontramos exige medidas radicales. —¿Tiene plan para el domingo de las próximas elecciones europeas? —Como todo el mundo, votantes incluidos, daré un paseo a orillas del Sena. O me tumbaré en el césped con un buen libro. ¿Por qué no un libro de Elysée Reclus, el anarquista francés que dijo hace 150 años que votar es abdicar?

“La democracia es una cultura política que aquí no existe porque el ciudadano ha perdido la capacidad de tener criterio”

“Hoy vende más que a una política le guste la fruta que explicar por qué una ley de vivienda es importante para la sociedad”